

¿De qué está enferma Europa?

Jean-Dominique Giuliani

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN ROBERT SCHUMAN.

TODAS LAS DEMOCRACIAS PADECEN hoy un nuevo mal que las lleva a dudar. Los cambios científicos y tecnológicos, sus consecuencias sobre la economía, la sociedad, la política y las relaciones entre los países, superan con creces los experimentados con ocasión de los anteriores movimientos de globalización que la humanidad ha conocido a lo largo de su historia.

Los gobiernos se ven contestados, se pone en entredicho a los expertos. Eso es populismo, es decir, la contestación a las élites dirigentes incapaces de asegurar una prosperidad creciente a unos ciudadanos acostumbrados a los progresos permanentes; también es el reflejo de un sentimiento de repliegue hacia unas comunidades conocidas en las cuales los ciudadanos se reconocen: la región para algunos, la nación para otros, la religión para otros más. El sentimiento de pertenencia más fuerte se impone a los otros.

Se trata también a veces de nacionalismo, algo en lo que ha destacado Europa durante mucho

tiempo, y puede corresponder por último al extremismo, que siempre ha existido en el continente.

Antes incluso de la crisis migratoria Europa se vio recorrida por movimientos de protesta. Nos equivocáramos al afirmar que se trata de una especificidad europea. Es un cuestionamiento general de las democracias. Los regímenes autoritarios lo celebran y ven en ello una confirmación de su razón de ser. Tampoco se trata de una protesta contra la construcción europea en sí; se trata, más bien, de una especie de *transferencia* del descontento de los estados miembros hacia la dimensión europea, inacabada y por lo tanto más

frágil, con dos niveles de democracia y, por lo tanto, fácil de criticar.

¡Y no es que las instituciones europeas no puedan ser objeto de críticas! Pero, ¿las merecen verdaderamente todas?

En realidad, las relativas a la burocracia, el legalismo de las políticas europeas, incluso las formalidades, deben dirigirse en primer lugar a los estados miembros.

La Unión Europea es una unión voluntaria de estados soberanos que se han puesto de acuerdo, mediante tratados, sobre unas reglas y unos procedimientos de acuerdo con los cuales se toman

¿Todas las instituciones europeas merecen ser objeto de críticas? De hecho, las críticas relativas a la burocracia, el legalismo de las políticas, deben dirigirse en primer lugar a los estados miembros

las decisiones en las que participan. Al reproducir en Bruselas o Estrasburgo nuestras prácticas nacionales multiplicamos a veces el peso de nuestros defectos. Nada impide a los estados miembros proponer una mejora del funcionamiento del conjunto de la Unión. ¿Lo hacen? ¿Son de verdad nuestros gobiernos unos agentes constructivos de la acción europea?

A menudo desconfían de ella y suelen criticarla con facilidad, pero ¿contribuyen realmente a mejorarla? Con demasiada frecuencia se muestran indiferentes a ella, e incluso hostiles. La Unión exige la implicación constante y positiva de sus miembros. Y el primero de los males que hoy padece es la indiferencia. Replegados sobre la vida política nacional, donde tienen lugar las elecciones, les cuesta mucho proyectarse en el plano continental, que es ya la única dimensión pertinente en el siglo XXI. Pensemos en China, Estados Unidos, Rusia, India, Brasil... son estados de tamaño continental; nuestro "pequeño cabo del continente asiático", en expresión de Paul Valéry, que sigue figurando en la primera fila en términos de riqueza y nivel de vida, debería interrogarse acerca de su talla y su demografía.

En tanto la UE exige la implicación constante y positiva de todos sus miembros, con demasiada frecuencia estos se muestran indiferentes a ella, e incluso hostiles; precisamente la indiferencia es el primero de los males

En realidad los europeos son víctimas de una crisis de duda. Mimados con respecto a los otros ciudadanos del mundo, protegidos, a veces incluso por otros, cuidados, disfrutando de auténticas solidaridades, conocen ahora las primeras dificultades encontradas desde hace mucho tiempo. ¿Nos habrán ablandado nuestros propios éxitos?

Los europeos sólo se enorgullecen de ser europeos cuando viajan fuera de Europa y están en condiciones de comparar su situación con la de los otros.

España es, tomando un poco de perspectiva, un buen ejemplo de éxito económico. Durante un largo período ha disfrutado de las solidaridades europeas. Ya sea por el restablecimiento de un régimen democrático reconocido o por la recuperación económica y social sólo puede felicitarse de su pertenencia a la Unión. Y la crisis de la que está saliendo no fue creada por Europa, sino por sus propios excesos. Lo mismo vale para todos los estados miembros.

Por lo tanto, estamos ante todo frente a una

crisis moral, y una crisis moral que sacude a los europeos. Tiene que ver con cada Estado miembro, antes de ser atribuida a las instituciones comunes. ¡No fue Bruselas la que creó la crisis, ni tampoco Europa! Vino de otro lugar, pero se instaló entre nosotros en primer lugar porque los gobiernos nacionales no supieron ponerse de acuerdo para conjurarla. Intentarlo de manera no armonizada era la receta para las divisiones y el fracaso.

Así, si es posible incriminar a Europa como *una parte de las actuales dificultades*, es por estar inacabada. Y, si lo está, es porque sus miembros, sus gobiernos nacionales, no han querido compartir lo que debía compartirse, algo esencial para tener éxito en la empresa común.

De todos modos ahora conviene proyectarse en el futuro y analizar la forma de salir de la situación actual. El arranque debe proceder de los estados miembros. Les corresponde a ellos dar impulso para *volver a poner en marcha el tren europeo*. A bordo subirán los que quieran. No necesariamente siendo 28 (ni 27 tras el Brexit) se colocarán sobre la mesa las propuestas de recuperación; la posibilidad de superar la crisis no provendrá de las instituciones comunes. Además, hay que reconocerles, y hay que reconocérselo especialmente a Jean-Claude Juncker y a su Comisión, no llegar con retraso. Desde el año 2014 la Comisión emprendió un giro considerable eligiendo deliberadamente una visión política, prácticas más flexibles en el cumplimiento de sus misiones y abrazando ideas nuevas. Fue lo que ocurrió al diseñar una gobernanza económica en apoyo del euro. Ello le ha permitido también mostrarse conciliadora con los estados en dificultades que no respetaban las obligaciones (sobre todo, presupuestarias) a las que se habían comprometido.

Y no cabe duda alguna respecto a la comprensión de la cuestión migratoria. El refuerzo de Frontex, la ayuda a los países más expuestos, la reforma del código Schengen, el fortalecimiento de Europol, la cooperación con los países africanos de tránsito o de salida de los migrantes, son otras tantas iniciativas nacidas en Bruselas y posibilitadas por los procedimientos comunitarios. A largo plazo esas medidas están en condiciones de contener la inmigración ilegal y permitir a los refugiados ser acogidos dignamente, como tenemos la obligación jurídica y moral de hacerlo. Debemos continuarlas, desarrollarlas y acompañarlas con iniciativas nacionales, por ejemplo, armonizando las condiciones del derecho al asilo y, por supuesto, las políticas migratorias.

Queda un ámbito en el que las instituciones

comunes, aunque muestren su disponibilidad, no pueden tomar la iniciativa, el de la seguridad. Tanto la seguridad interior como la defensa, es decir, la inseguridad procedente del exterior. En ese ámbito casi todos los europeos han hecho gala de una irresponsabilidad culpable. Creer que el mundo estaba pacificado porque la división en bloques parecía difuminarse era una idea hermosa, pero poco acorde con las enseñanzas de la historia y con las evoluciones probables.

Europa no ha dejado de desarmarse desde finales de la década de 1980 y se encuentra hoy amenazada por un mundo que no deja de armarse. Para garantizar la paz, hay que estar preparado para hacer la guerra, precisamente para no tener que hacerla. Los países europeos se encuentran también hoy entre la espada y la pared porque durante mucho tiempo consideraron que la pertenencia a la OTAN los dispensaba de los esfuerzos necesarios para su seguridad. Semejante actitud ha debilitado sus capacidades, hoy más limitadas aun por las restricciones presupuestarias. Sin embargo, Europa pensó que podía garantizar su seguridad remitiéndose a otros, nuestros aliados estadounidenses.

La elección de un nuevo presidente al otro lado del Atlántico pone de manifiesto lo peligroso de ese cálculo. La verdadera seguridad sólo reside en la independencia y la autonomía estratégica. Y las alianzas, por sólidas que sean, corren siempre el riesgo de verse afectadas por los intereses nacionales, que serán siempre privilegiados por cualquier gobierno.

El actual contexto estratégico es particularmente preocupante porque combina la incertidumbre con la inestabilidad. El terrorismo se halla ahora presente en el territorio europeo, las amenazas se acumulan en nuestras fronteras y hay que ir a eliminarlas lejos (por ejemplo, al Sahel). La política de las relaciones de fuerza brutales y a veces armadas vuelve a practicarse por parte de grandes estados- continentes.

En sus fronteras, pero también lejos de ellas, Europa debe garantizar su seguridad mediante un instrumento militar sólido, el único capaz de dotar de credibilidad a cualquier diplomacia. Al no disponer de él, Europa debe recurrir a los estados que han conservado un ejército poderoso, es decir, la capacidad de intervenir de forma independiente. Sólo Francia y el Reino Unido están todavía en esa posición.

El ejemplo del sistema de posicionamiento por satélite resulta muy instructivo. Acaba de entrar en funcionamiento tras diez años de demo-

ras y la hostilidad de estadounidenses y británicos. Sólo habrá costado 10.000 millones de euros y ofrecerá a los europeos –y al mundo– un producto tres veces más preciso que el GPS estadounidense y un instrumento de soberanía del que disponen Rusia (Glonass), China (Beidou), India (IRNSS) y pronto otros estados corrientes.

¡Un logro tecnológico que nos hace independientes y por el cual ha habido que pelearse con gobiernos poco entusiastas!

Dado que una defensa europea sólo es imaginable a largo plazo, en estos momentos debemos asegurar la defensa de Europa solidarizándonos con quienes aceptan proyectar sus fuerzas por nuestra seguridad común. Francia es la más comprometida en el exterior con más de 20.000 efectivos movilizados fuera de Europa. ¿Encontrará la cooperación, el respaldo y la asistencia de sus socios europeos? De la respuesta a esa pregunta dependerá durante mucho tiempo la suerte de Europa.

Lo hemos comprendido: el asunto no se solucionará en Bruselas, sino entre las capitales de estados voluntarios, bien conscientes de los peligros. Bruselas puede ser de ayuda y se esfuerza en prestarla, pero tenemos que imaginar ya otra manera de avanzar en Europa.

Economía, seguridad e inmigración son los tres desafíos a los que se enfrenta Europa. No son competencia de las instituciones comunes. Los interpelados son directamente los estados miembros. Aunque sólo sean unos pocos, tienen en sus manos el destino de la construcción comunitaria. Si se prestan voluntarios, les devolverán la eficacia que se le discute, a menudo sin razón. Si permanecen inmóviles, pueden estar seguros de que a pesar de todos los esfuerzos realizados por Bruselas, no ocurrirá nada determinante. El avance sólo es posible con la iniciativa, el respaldo y la voluntad política de los estados miembros. Está claro que el debilitamiento de la solidaridad que muestran hoy no dejará de afectar al proyecto europeo y a la situación individual de cada uno.

Sin embargo, la resiliencia europea constituye también su fuerza. En las crisis, nunca un socio ha flaqueado. Los europeos han sabido mantenerse unidos, como es necesario mantenerse ahora, frente al futuro.

El avance para afrontar los tres desafíos a que se enfrenta la Unión Europea –economía, seguridad e inmigración– sólo es posible con la iniciativa, el respaldo y la voluntad política de los miembros; en las crisis, nunca un socio ha flaqueado